

RTp 211m

# DOÑA MARÍA HENRÍQUEZ DE TOLEDO

MUJER DEL

## GRAN DUQUE DE ALBA

POR

EL MARQUÉS DE CERRALBO



ARTÍCULO PUBLICADO

EN EL

BOLETÍN DE LA SOCIEDAD ESPAÑOLA DE EXCURSIONES

*5a parte por  
de Rep.  
Venitinos*



MADRID

IMPRENTA DE SAN FRANCISCO DE SALES

Pasaje de la Alhambra, núm. 1

1900

2994



*Fototipia de Hauser y Menet.-Madrid*

DOÑA MARÍA DE HENRIQUEZ Y TOLEDO

MUGER DEL GRAN DUQUE DE ALBA

CUADRO DE TICIANO EN LA COLECCIÓN DEL MARQUES DE CERRALBO

# D.<sup>A</sup> MARÍA HENRÍQUEZ Y TOLEDO

MUJER DEL

## GRAN DUQUE DE ALBA

HABIÉNDOSE de escribir algunas noticias sobre tan ilustre señora, que expliquen el curioso y estimable retrato que se acompaña y ha publicado el importantísimo *Boletín de la Sociedad Española de Excursiones*, hállome tan en el deseo de hacerlo como en dificultad de realizarlo: que en los períodos de la Historia, engrandecidos por un genial personaje, parece que toda la atención y cuidado se fijan en él, y deslumbrada la vista por sus resplandores, apenas se dibujan las bellezas de su alrededor, como palidece la luna y se borran las estrellas al deslumbrante relucir del sol; así los historiadores, y los biógrafos y los genealogistas, conmovidos y admirados con el recuerdo y espectáculo del gran capitán de nuestro gran siglo, van de proeza en heroísmo, de empresa en victoria, de consejo en sabiduría, del cuerpo al alma, relatando las acciones, las ideas y los sentimientos del héroe, que con su grandeza les

hace levantar tanto la vista, que ni tiempo, ni espacio deja para incluir en el maravilloso cuadro los detalles de las incidencias. De este modo, apenas si nos han conservado diseminadas noticias de la ejemplar y nobilísima señora Duquesa de Alba, D.<sup>a</sup> María Henríquez, cuantos enumeran y cantan las colosales empresas y gloriosísimos triunfos de aquel gigante de la guerra, que apenas abrió los ojos á la vida fué para contemplar, envuelto en la bandera de la Patria, el cadáver de su padre, heroicamente muerto en los Gelbes; alto ejemplo y lazo con que se unió á la guerra; por eso, en cuanto vió desplegada aquélla contra los ataques del extranjero, sin considerar su cortísima edad, corrió á los muros de Fuenterrabía, desnudando la gloriosa espada, que brillara invencible sobre el mundo más de medio siglo, trazando en él, con el filo de su hoja, como un derrotero de gloria en que el cuerpo y el ánimo, abrumados de sacrificios y

trabajos, descansan en oasis de laureles con los nombres de Mühlberg y Gemmingen, de Colonna y Alcántara, nombres que cada uno vale más de un reino.

Pero ese adalid no es una creación de la fantasía que engalana la leyenda entre los misterios del largo transcurrir del tiempo, ni es un héroe que se temple en los delirios de la mitología; fué, por el contrario, un hombre sobre el que también cayeron humanas penalidades, como si Dios, queriendo purificar su alma por los sufrimientos de la adversidad, permitiese que le rindieran alguna vez asechanzas de la envidia y la ingratitud, ya que no pudieron jamás vencerle las lanzas y los cañones, las arterias de los extranjeros, ni las inclemencias del tiempo y de los países, que hasta la muerte esperó á herirle en el momento en que descansaba sobre las gradas de un Trono, por él conquistado, desde el que se contemplaba á toda la Península unida en un abrazo, que constituía el cerco de una sola corona, y á la sombra de una misma bandera.

Y, pues, ese guerrero y ese héroe era un hombre, no por menos esplendentes han de olvidarse las grandezas de sus amores á la familia y á su Casa: bajo este aspecto casi nos corresponde considerarle en este artículo, y no hay espejo mejor donde se reflejen las virtudes y méritos de su hogar que en la nobilísima figura de su mujer.

Fué ésta su prima D.<sup>a</sup> María Henríquez de Toledo, hija del tercer Conde de Alba de Liste, D. Diego Henríquez de Guzmán, y de D.<sup>a</sup> Leonor de Toledo, hija, á su vez, de D. Fadrique, segundo Duque de Alba.

Correspondían, pues, el lustre y antigüedad de ambas casas, como correspondían los sentimientos de los corazones de D. Fernando y D.<sup>a</sup> María y como en esta afirmación hay tan gran

elogio para la Duquesa, pues que tan inmensos son los justamente dedicados en la historia al Duque, pretendemos comprobarlos.

Fué D.<sup>a</sup> María de tan bellísima alma, que le salía al rostro por todos sus encantos; la pureza de los sentimientos blanqueaba la suavidad de su cutis; el calor del hogar como si sonrosase sus mejillas; su ancha frente brindaba espacio á su gran talento; la moderación de sus gustos reducía á tan pequeña su boca; el fuego del corazón brillaba en sus hermosos ojos; el cabello era de un rubio dorado, como si fuese la corona de su grandeza; el pecho levantado, que tantos eran sus nobles y grandes sentimientos; las manos pequeñas, que no fueron hechas para guardadoras, sino como paso á la caridad; su cuerpo erguido, que así vive lo que tiende al cielo; su talante majestuoso, pues la nobleza y la virtud son atavíos de respeto; en su palabra había siempre la dulzura de la modestia, la gala del ingenio, la rigidez del honor y la firmeza de la más viva fe; en fin, el gran corazón y la gran perspicacia del Duque, aquel triunfador hasta de las intenciones de los hombres, no podía engañarse cuando para su felicidad buscaba la mujer que le hermanase, y hallóla en D.<sup>a</sup> María; que su figura fué tan hermosa, lo proclaman cuantos de ella escriben, y se atestigua por el retrato que reproducimos, y que la figura de su alma era igualmente bella vamos á demostrarlo.

Casóse muy niña, en 1529 y cuando el Duque apenas contaba veintiún años; se amaban tiernamente, y era su mayor afán acompañarle, comprendiendo que bien ha menester del dulce reposar en la amante familia quien vive en los azarosos y acerbos trabajos del gobierno, la política y la guerra; de esta manera asistió á su marido, D.<sup>a</sup> María, ya en los aparatos de

la corte, ya en las funciones de la campaña, y si fué con él á Inglaterra para las bodas de Felipe II con la Reina María, luciendo allí por igual su hermosura, su ingenio y sus grandezas, no le dejó marchar solo desde aquel lugar de fiestas y boato á la dura empresa de expugnar el Milanesado de revoltosos y franceses; sufriendo con él penalidades y corriendo peligros llegaron al Virreinato de Nápoles, llevando en sus sienes el brillo de la victoria y en su séquito vencidas las banderas enemigas.

Bien se demostraba así el gran cariño que profesó á su marido no separándose sino en aquellas veces que la incesante movilidad de la guerra obligaba, y para endulzar las amarguras de la ausencia nada pudo complacerla tanto como que Juan de Albornoz, secretario de Alba, la remitiese desde Bruselas, en 1569, un precioso y acertado retratito del Duque, modelado en cera por notable escultor flamenco y que vacióse en oro como el más preciado joyel.

Si el Duque mereció de Carlos V que le designase para educador y consejero de Felipe II, la Duquesa fué desvelada y discretísima Aya de las hijas de éste y de Isabel de Valois, mereciendo grandes y justos elogios, que atestiguarían las cartas de la reina y de la augusta abuela Catalina de Médicis, si se necesitase mayor testimonio que el de haber sido escogida por el sabio y admirable hijo del gran Emperador para educar á las Infantas, su predilecta Isabel Clara Eugenia y D.<sup>a</sup> Catalina, lo que cumplió con superior acierto.

Declarándose la sin par estimación que la tuvo la Reina cuando al llegar á aquellos angustiosos momentos en que parece se sentía morir, y doliéndose de si no pudiera ver á sus hijas, por ausente, escribíalo á la Duquesa agregando: *me consuelo sabiendo que*

*están en vuestras manos, lo cual yo ruego á Dios les haga merced que sea hasta que se casen...*

Siendo Camarera Mayor de la Reina Isabel ordenó del modo más cristiano, digno y solemne el servicio en Palacio, pues en bien de la intimidad y perfecto acuerdo llegó hasta hacer que comiesen en comunidad las Damas; y estas muestras de delicados sentimientos no cohartaban todas las necesarias de energía, excelsa cualidad que la fué bien propia, y de la que darán segura prueba aquellas palabras de disgusto que, ella siempre profundamente religiosa y observante, dirigió á un Prelado en 1565, para el Papa Pío IV, que aun debiendo tanto al Duque, parece desatendía peticiones de escasa merced para un su pariente; y al saber que el Pontífice trataba de regalarla una imagen oponíase al obsequio diciendo *prefería quedar quejosa á quedar mal pagada*.

Pero si hubiere de añadirse á estas pruebas de cultura, de experiencia y de virtud otras sobre su discreción, valor, respetabilidad y talento, sobraba con recordar que, habiendo de ausentarse de Nápoles el Duque para la guerra que movieron á España las infamias de los Carrafas, engañando y arrastrando á aquella á su tío Paulo IV y á Francia con Guisa, para concluir con el nuevo, grande y general triunfo de Alba, después de aquella noche de supremas vacilaciones, en la que el vencedor de Ostia, al pie de los muros de Roma, los prevenía asaltados por su impaciente y heroico ejército; pero él, en su católico corazón, levantaba, detrás de las derruidas murallas, otras más robustas y elevadas, como que eran las del respeto y amor á la Religión; durante todo el tiempo de esa triste guerra, dejó como Gobernadora de Nápoles á la Duquesa con su hijo D. Fadrique, asistidos por los

consejos del célebre Cardenal Pacheco, hermano del Marqués de Cerralbo.

Y con sólo considerar las dificultades para el gobierno de aquel país en aquellos tiempos, que si la guerra todo lo amenazaba, la revuelta todo lo comprometía, y con saber las constantes amenazas á las costas napolitanas de los piratas y de los turcos, basta para hacer el más cumplido elogio de la Duquesa recordar que, habiendo dispuesto Felipe II pasase el Duque á Flandes, donde para vencer se hacían indispensables la inteligencia y la espada del de Alba, volvió á dejar el gobierno de Nápoles á la Duquesa, reconociendo lo acertado de la elección con repetirla.

Caso y misión son éstos de tan rara singularidad é importancia en la Historia, que acreditan el eminente valer de D.<sup>a</sup> María, consagrado por la excelsa distinción con que el Papa Paulo IV la honró enviándola la Rosa de Oro.

Y si del talento político y dotes de mando pasásemos á considerar su valor y su patriotismo, quedara aquél bien patente con la guerrera peregrinación por el Milanésado, acompañando al Duque en sus victorias sobre el de Aumale.

Y para alto ejemplo de patriotismo preséntase en acreditado libro de sucesos particulares, el cuadro heroico en el que luchan con desesperado denuedo los españoles defendiendo á Vulpiano y los franceses embistiendo con incansable tesón los destrozados muros de la desmantelada fortaleza; se sucedían los ataques y apenas quedaban otros bastiones que los pechos de los españoles; perecieron los más nobles capitanes y casi no pasaban de cincuenta los que aún pudieran soportar el ejercicio de las armas; el heroico Acuña, apoyado en una pica, daba ejemplo y ánimo desde el foso, y era indecible el afán con que se esperaba

les socorriese el de Alba, como el de éste al correr en su auxilio; pero la penalidad de las marchas se vió aumentada con la penuria inmensa de los recursos; todo el dinero agotado, se hacía imposible seguir, y, sin embargo, los de Vulpiano luchaban, llamaban y esperaban; momentos terribles, para cuya necesidad ya no quedaba cosa alguna al Duque que ofrecer; de tan angustioso trance se entera la Duquesa, y, sin dudar un momento, ofrece todas sus ricas joyas, que todas las suyas allí llevaba, porque, como dijimos, venía de asistir á las deslumbrantes bodas en Londres de Felipe II con la Reina María; que las alhajas eran espléndidas se vió, porque bastaron á pagar y sostener el ejército por el tiempo que se necesitaba, y que eran insustituibles se patentiza con el retrato que publicamos, verdaderamente desprovisto de joyas de valor, tratándose de tan opulenta como egregia dama; pero ¡qué mejores preseas que la inmarcesible diadema que tejieron la abnegación y el patriotismo para que la colocaran sobre su ilustre cabeza la Patria y la Historia!

De este sublime cuadro y sublimes amores no puede pasarse sino á algo que sea de tan gran intensidad, y no hay así otro algo que el amor de madre; y pues que hicimos elogio de la esposa, bien lo merece aquélla, que tan desvelada vivía en el cuidado y cariño de su digno hijo D. Fadrique; dábase por tan evidente todo esto, que temiendo el Duque apagasen las dulzuras de los maternos brazos el fuego que la sangre guerrera del padre había fiado al corazón de su hijo, lo llevó, aún muy niño, á la conquista de Túnez, dando por bien empleado que le tachasen de duro para con una criatura, con tal de resultar buen maestro de un gran capitán.

Y estos padres querían tan intensa-

mente á su hijo, que por dejarle hacer su voluntad, en lo que fiaba el seguro de su dicha, no temieron ni evitaron la cólera y la persecución del Rey por efectuar el matrimonio de D. Fadrique con su prima hermana D.<sup>a</sup> María de Toledo, hija del Virrey de Sicilia, Marqués de Villafranca, descomplacido á Felipe II tal novia por creerle comprometido de promesa con una dama de la Reina.

Por aquel resuelto propósito puso el Rey en la prisión de Tordesillas al Marqués de Coria en 1578; pero decidido al casamiento, evadióse, y á favor de los relevos de caballos con que su padre le había prevenido, llegó á Alba de Tormes cerrada la noche entrando en el castillo, donde le esperaban su madre y su prometida; á las diez, y con el mayor secreto, efectuó el desposorio el Sr. Obispo en el camarín nuevo, al que llegaron antes recatadamente, uno á uno, como testigos contadísimas personas, entre las que se veía á la Marquesa de Cerralbo, que era hermana de la Duquesa de Alba, á la Condesa de Lerín, al Condestable de Navarra, á D. Pedro de Toledo, al Marqués de Cerralbo, al secretario Linares, á Gante el escribano, y nada más que á otras cuatro personas.

Con las mismas precauciones, rapidez y sigilo volvióse al día siguiente D. Fadrique á su prisión; pero llegando á saber Felipe II el misterioso suceso, dióse por tan altamente ofendido como lo tué de desacatado, y recluso más estrechamente al Marqués en el mismo castillo de la Mota, mandó cerrarse en el de Uceda al viejo y achacoso padre, pues para entonces el dolorido cuerpo del Duque de Alba parece que empeñábanse á porfía en encorvar, más que el tiempo con el peso de los años, las glorias con sus laureles y sus banderas; caso fué aquel

para poner sorpresa en la meditación y admiraciones en el Duque; porque las grandes pruebas son para las grandes almas, y de aquel crisol en que andaban revueltas y bullendo la lealtad, la virtud y el patriotismo, fundiéronse en un acero que no admitió jamás la aleación de la ingratitude y la indisciplina, y con aquella nueva espada, blandida por el brazo invencible del Duque y centelleando esplendores de arte militar y política, se conquistó un Reino, se completó la Patria, enlazando á los abiertos brazos de España los antes cerrados de Portugal.

Pero esta hazaña, pero esta gloria, pero estas resoluciones necesitaban de la vida del Duque de Alba, y quién sabe si las enfermedades contraídas entre las brumas y pantanos del Norte y las fiebres malarias del Sur hubieran llegado á extremas gravedades con los ahogos de las penas y las tinieblas de la soledad, todo cerrado en los muros de un castillo que tenía poternas y murallas, no para impedir que se entrase, sino para asegurar que no se saliera; espectáculo horrible ha de ser para un victorioso caudillo hallarse en un fuerte, no para su defensa, sino para su propia prisión; pero todas estas sombras no dejaba se espesasen, ni que las dolencias se agravaran, ni las meditaciones ahogaren con el peso de los recuerdos las olas del corazón, ni que la soledad aprisione más que las cadenas, porque D.<sup>a</sup> María corrió á acompañar á su esposo, y con amores, cuidados y compañía sostuvo á aquel hombre extraordinario, al que, según el mismo dijo, se le enviaba arrastrando cadenas á que conquistase un Reino; y de quien llegaron la injusticia, y el consejero Mora á consignar repitiendo que á Portugal se le mandase como *espantajo* que asustara; pero él emprendió la marcha con aquella incomparable maestría con que supo ir

desde el Milanesado á los Países Bajos, atravesando la Saboya, Borgoña, Franco Condado y Lorena, tan infestados de enemigos, como su ejército pasó sin derrota alguna, ni el menor acto de indisciplina, que tanto pueden el valer y el valor del caudillo. Concedió Dios al gran Duque de Alba la bendición de morir en Lisboa, á 11 de Diciembre de 1582, terminadas sus conquistas y sus glorias, teniendo á un lado al Rey, que se las representaba y agradecía, y al otro al insigne apóstol de la fe, al venerable Fray Luis de Granada, que le transportaba con las remontadas alas de la mística á la Patria eterna de la eterna paz, y quedaba llorando su inconsolable viudez D.<sup>a</sup> María, que trocando las galas de Duquesa por las tocas de religiosa, se retiró con los restos de su amado esposo al convento de San Leonardo, en su villa de Alba de Tormes, donde apenas si le sobrevivió un año, transcurrido en sumar grandes virtudes y singulares oraciones con las del Duque y aspirando á reunirse con él á los pies del Señor, entrególe su alma en Noviembre de 1583, con todos los transportes del amor divino y la veneración de cuantos lo presenciaron. Así murieron estas hermosas figuras de nuestro gran siglo, que fallo de toda autoridad y respeto es el del venerable Fr. Luis de Granada cuando, escribiendo á la Duquesa de Alba en 15 de Diciembre de 1582, al referirla los últimos momentos del Duque, ofrecíala consuelo inefable con el cumplido elogio de su virtud.

Acabamos de decir que eran grandes las virtudes de D.<sup>a</sup> María, y vamos á explicar esta afirmación como lo hicimos con las anteriores.

Buscando antecedentes se logra hallar que eran tanta la fe y tan cristianas las prácticas de la Duquesa, que sostuvo larga correspondencia y filial

relación con Arias Montano, con el P. Gracián, con el Cardenal Pacheco, con el P. Fernández, con Fr. Luis de Granada, con Santa Teresa de Jesús y con numeroso concurso de almas privilegiadas, clérigos y Prelados.

Entusiasta admiradora de Fr. Luis de Granada, purificaba sus pensamientos y sus actos en el fuego de aquel sublime volcán de fe y de sabiduría, y era tan amante de que todos las contemplasen y aprendiesen, que se empleaba en divulgar sus grandiosos escritos, llegando á disponer se editase á su costa una espléndida impresión de todas sus obras, de cuyo cometido encargó á Arias Montano, que por hallarse á la sazón en Amberes, la tuvo por la más propicia para el mejor resultado. Escribió al efecto una carta en 8 de Mayo de 1571 á Juan de Albornoz, Secretario del Duque que gobernaba entonces desde Bruselas, para que hiciese llegar á Montano los escritos de Granada, y aquél contesta el 2 de Junio pidiendo instrucciones á la Duquesa, y dándola curiosas noticias sobre la edición que ella disponía en *letra rica, que terná la obra toda, por lo menos diez tomos ó cuerpos*.

Noticia que, con algunas otras, tomo de las importantes publicaciones que la insigne historiógrafa y actual Duquesa de Alba ha hecho sobre la colección admirable de documentos pertenecientes al Archivo de la gloriosísima Casa de Alba.

Dedicaba una especial devoción á San Fernando y San Luis como á venturoso simulacro del mejor empleo de las grandes virtudes con el gran poder, y bien están siempre en las capillas y salones de los guerreros las imágenes de los que, triunfando sobre el mundo por el valor y la justicia, alzan sus victorias hasta el cielo por la fe y la virtud, y así, desde Madrid y á 10 de Septiembre de 1580, la escribía Fray

Luis de Granada: *Grande es la obligación que V. Ex.<sup>a</sup> tiene á ser muy devota del glorioso (San) Luis, pues en (su santo) día fué Dios servido de dar al Duque mi Señor tan felice... suceso que podrá servir muy bien de sello á sus grandes hazañas;* aludiendo de este modo á lo que él llama más arriba *la tomada de Lisboa.*

Como también se había apresurado antes á escribir á la Duquesa, felicitándola calurosamente por la victoria que el Duque consiguió en Alcántara, datos de singular valer para el conocimiento de aquel difícil período de la vida de Fray Luis.

Decíamos antes que se empleaba en singulares oraciones, y, á la verdad, singularísima era la de leer en la prometida soledad y con la mayor veneración, en el retiro de su capilla, aquel libro, por tan admirable, discutido, de Santa Teresa, que escribió desde 1561 sobre su maravillosa vida por consejo del P. Ibáñez, de Fray García de Toledo, hermano del Duque de Alba y de Soto para examen del venerable P. Ávila.

Conociendo la mística doctora la elevación del alma y santas costumbres de la Duquesa, hízola inestimable excepción entregándola una de las tres copias de aquella sublime historia del amor divino que alzó tanto estrépito y contrarios juicios como ninguna autorizada censura; y cuando aquéllas desaparecieron, tal vez por las perfidias de la Princesa de Éboli, quedó siempre, para gloria de la santa y bien de la cristiandad, la copia que, como preciado tesoro, guardaba la Duquesa, y que sirvió para que la imprimiese en 1588 Guillermo Foquel en la inmediata ciudad de Salamanca.

Copia que tantísimo agradeció la santa hubiese custodiado la Duquesa y se la facilitase, que así se lo escribe desde Ávila al comenzar Noviembre de 1581, en carta que, con toda venera-

ción, se guarda en el convento de Carmelitas de Medina del Campo.

Gran protectora de la santa la Duquesa, fué ésta correspondida con verdadero cariño, y así la vemos tomando parte íntima en los sucesos de doña María, ya complaciéndose en los gratos, como en la carta en que desde Ávila, á 2 de Diciembre de 1577, la felicita por la boda de su hijo D. Fadrique, ya con otra que la dirigió desde Toledo á 8 de Mayo de 1580 con ocasión de la libertad concedida al Duque, de la prisión de Uceda.

Y ya que algunos casos de piedad consignamos, no ha de caer en el olvido el notabilísimo que se refiere al acto de pintarse ante la santa, y siguiendo sus indicaciones, las tres imágenes de la Santísima Trinidad que en su divina revelación se le mostraban, y que ella iba con la mano borrando según difería la traza de lo que sus ojos vieron por el alma; y guardando siempre la de Cristo nuestro Señor en su poder llevóla el Duque á la conquista de Portugal, y él mismo declaró que, sin duda por las oraciones mentales que la dirigía en medio del ruido y azares de las batallas, había acertado á ganar aquel reino.

Y se dispuso para tamaña empresa complaciendo á la Duquesa, que prometió ir en peregrinación á San Diego de Alcalá de Henares en cuanto se les lograra salir de la prisión de Uceda.

Concedora la Santa de las prácticas religiosas de D.<sup>a</sup> María, las declara en la carta que antes hemos citado desde Toledo á 8 de Mayo de 1580 sobre ese mismo hecho de la liberación del Duque, en que grandemente se complacía, y sigue diciendo: *Estoy considerando las romerías y oraciones en que vuestra excelencia andaré ocupada ahora.*

Era la Duquesa tan celosa del bien de la Orden Carmelitana, por el me-

por servicio de la Religión, que aun deseando ardientemente abrazar á Teresa de Jesús, sobre lo que insistía con repetidos afanes, bastó que la escribiese Fr. Pedro Fernández desde Ávila, á 22 de Enero de 1573, que interesaba, de la manera más efectiva, al éxito de las fundaciones y al régimen de aquella primogénita Comunidad, el que la Santa no hiciese tal viaje á Alba de Tormes, para que D.<sup>a</sup> María renunciase en el acto al logro de su anhelado desco.

Viaje que al cabo iba á realizar la Santa, con ocasión del alumbramiento de D.<sup>a</sup> María de Toledo y Colona, nuera de la Duquesa, y que detuvo nuevamente por recibir, ya en el camino, noticia de haberse efectuado con toda felicidad el suceso, refiriéndolo así la incomparable fundadora en su carta al Duque de Huéscar, desde Burgo, á 18 de Abril de 1582.

Pero al fin emprende su última y penosísima peregrinación, sufriendo tales angustias, persecuciones y martirios de las personas con ella más obligadas, y hasta de sus ingratas y obcecadas hijas, que desde Valladolid á Medina, y de allí á Peñaranda para Alba de Tormes, fué reducida al hambre y sujeta á crueles insultos é ingratitudes, para que, apenas llegada á Alba, y á la intermediación de la Duquesa, desfalleciese en la muerte el lacerado cuerpo, y triunfase en la eterna vida su sana y gloriosísima alma, el día 4 de Octubre de 1582.

Fué la Duquesa tan completa, que no por distraída y embargada con las responsabilidades y ocupaciones de sus altos cargos palatinos, y en aquellos de superior cuidado, que hasta la gobernación del Estado la alzaban, dejase de ordenar con todo esmero y dirección sus palacios, y así se la ve solícita en disponer su ornato, con encomendar á Bruselas tapetes precia-

disimos, y á Juan Flamenco históricas tapicerías, de cuyas obras la daba minuciosa cuenta Juan Moreno en carta que desde aquel país la escribió en 1569. Y como era tanta su piedad, encomendaba, al mismo tiempo que los lujos de sus salones, un relicario para su espléndido oratorio, en el que tan singulares y numerosas reliquias se veneraban, como extensa colección de valiosísimos objetos de arte se exponían, y á aquel relicario que Moreno llamaba *riquísima pieza*, siguieron con igual piadoso destino doce grandes cuadros encomendados al pincel de Wanden Brocke y otros seis, pequeñas imágenes, al de Marceles Cofreman, ambos de Amberes, por el año de 1573, y acaso también un admirable Niño Jesús de cristal de roca, que no osaba fiar Moreno, para su envío, sino á un criado del Duque de Nájera.

Si era sencilla de gustos y costumbres, supo presentarse siempre, en un todo conforme á su situación, en cada momento, de forma que al ser la primer figura en Nápoles cuando gobernadora, sostuvo su corte con tan espléndido lucimiento, que bien lo recordaba el Cardenal Granvela en carta al Duque desde aquella capital, en Diciembre de 1571, cuando al remitirle las cuentas de ámbar y almizcle que le había pedido, decíale: *Pésame que no sean mejores, aunque aquí las tienen por buenas; pero, por decir la verdad á V. Ex.<sup>a</sup>, no es Nápoles, en estas cosas, ni en lo demás, como era en tiempo de mi señora la Duquesa de Alba.*

Acompañar con explicaciones al grabado de un retrato es acudir al intento de que el lector conozca íntima y cumplidamente al personaje; complaciérame el que, con la reseña de estos datos, rigurosamente históricos, pudiera animarse de tal modo el retrato de la tercera Duquesa de Alba que,

apareciendo tornaba á la vida real desde su estampa, contempláramos encenderse sus ojos con el fuego de su patriótica inspiración; contraerse la frente al peso de las profundas reflexiones de sus nobles ideas; plegarse los labios con la gracia del ingenio, la dulzura del cariño ó el consuelo de una oración; bullir el casto seno á los acordados compases de sus cumplidos deberes; alzarse los brazos como bendiciones de caridad; mover el cuerpo con la esbeltez de la energía y las majestades del decoro, y doblar la rodilla, como se rinden todas las grandezas, á los pies de la santa Cruz; en resumen, fingir gallardo desfile de las virtudes, servicios y cualidades que tanto la distinguieron: sobrada aspiración fuese la mía si, al acompañar con este artículo á la reproducción que popularice el notable retrato que de D.<sup>o</sup> María Henríquez labrara el Ticiano, lograse hacer revivir dentro del gallardo busto las sublimidades de su espíritu, ofreciéndoo para el retrato del hermoso cuerpo el retrato de su más hermosa alma; quédeme, pues, en el boceto de ésta ó en nota que explique quién es, en qué pensaba, qué sentía y cómo ha vivido el personaje ilustre que se representa en el cuadro del inmortal genio de Cadora.

Proviene este retrato de la notabilísima y autorizada colección de Altamira, pasando por la muy célebre del marqués de Salamanca á formar en la mía, y si en aquéllas figuraba con tales nombres y alta consideración, yo le guardo los unos y la otra, que todo ello merecen las atribuciones autorizadas y el mérito de la obra.

Presenta ésta singular analogía con el célebre retrato que de la Emperatriz Isabel de Portugal hizo Ticiano; la misma actitud, la misma composición, el mismo fondo; sentadas ambas en rico sillón, las dos recogen con la

derecha mano una cadena que, en pabellones, pende desde el cinturón de oro finamente labrado, con que se dibuja el talle; en uno y otro se descubre, por cuadrada é idéntica ventana, un paisaje, que, si varía en el efecto, es de aquella gracia, verdad, frescura y maestría con que el gran artista de Venecia pintaba el campo.

No pretendo igualar el retrato de la Duquesa al magnífico de la Emperatriz que se admira en el Museo del Prado, pero si anoto coincidencias, es tanto porque siempre complace parecerse á lo mejor, como por descubrir y sostener el aire de familia artística, y apuntar el dato, frecuente en Ticiano, de repetirse en sus composiciones, y sobradas veces hasta en la totalidad del cuadro.

Hállase el nuestro ofendido por antiguas é indiscretas restauraciones, pero conserva la mayor parte original, y atestigua, en la morbidez y coloración de las carnes, aquella verdad con que las copiaba, para merecer ser reconocido como el supremo colorista del mundo, logrando arrancar al Tintoreto la gráfica y justa frase de que el Ticiano parecía pintar los desnudos con carne desleída.

Pertenece este retrato á aquella época del genial maestro en que dejaba, con gracia extrema y libertad suma, el franco toque en el sitio del efecto, y si la crítica escrupulosa le descubre alguna breve incorrección en el dibujo, nuevo sello es del autor que, arrastrado por sus portentosas dotes naturales y el brillo incomparable de su irisada paleta, producía, con prodigiosa facilidad, las maravillas, seduciendo por el encanto, sin dejar tiempo al fascinado espectador, á que detrás del vigor extremo en la expresión de las figuras, la grandeza de las composiciones, las fluideces del pincel, el arte portentoso de sus efectos y la magia mitológica

de su colorido, descubriese ligerezas en el dibujo, que exageradamente censuraba Miguel Ángel, cuando de Ticiano decía: *Che molto gli piaceva il colorito suo e la maniera; mà che era un peccato, che a Venetia non s'imparasse da principio a disegnare bene.*

Frases son éstas que más cito como prueba de la diferencia en crear el arte, que por atribuir decisiva validez á la censura, pues en esas discrepancias se caracterizan las escuelas italianas, y así la florentina si es la forma, la veneciana es el color, la boloñesa el efecto, como la acertada conjunción de algunas cualidades de todas ellas produce la napolitana.

Ya dijimos que fué sencilla la Duquesa en sus costumbres y aficiones, como lo demuestra el rico, elegante, pero sencillo traje con que la vemos retratada; que no precisan para el buen gusto ni el amor al arte recargos de relumbrón, ni aparatos de ostentidad; la elegancia es sobria porque es artística, como la prolija y amontonada ornamentación vicio es de la novedad en la riqueza ó signo de decadencias y de errores; vense así sencillos, pero admirablemente artísticos, los retratos de Ticiano, Van-Dyck, Velázquez y Frank Hals, mientras encubren infinitas faltas de acierto, de color y de legítimo arte, Rigaud, Largillière, Ranc y los Van-Loo, entre las suntuosidades decorativas de los suyos.

Nadie aventajó á Ticiano en la propiedad con que reprodujo el encanto de las ricas telas de sus personajes; pero jamás debilitó el saliente efecto de sus figuras con el brillo de los detalles y la decoración de la escena. Pintaba las joyas con tal relieve, pero con tanta ligereza que las reducía á su justo papel de indicios de la posición y complemento de la personalidad; nunca hubiera podido detener la

carrera de su genio á la parsimonia y minuciosidades de Scybolt.

Si grandes fueron las relaciones de Ticiano con Carlos V y Felipe II, llegando hasta á asombrar en Bolonia á los cortesanos las extraordinarias consideraciones que le guardaba el Emperador, no eran menos íntimas aquéllas entre el eminente veneciano y el Duque de Alba, con quien se avistó varias veces, retratándole en algunas, y sosteniendo correspondencia, en la que se puntualizan encargos de pinturas, y, á su vez, Ticiano al Duque, de tapices flamencos, cuando éste se hallaba en el gobierno de los Países Bajos, sin que falten en algunas de esas cartas aquella angustiosa manera de pedir el pago de sus obras, que fué tan característica en el acaudalado amigo del Aretino.

Bien se comprende el que llegase Ticiano á retratar alguna vez á la Duquesa, dadas estas relaciones artísticas con el Duque, y cuando aquél llegó hasta á reproducir en singular y magnífica pintura á Pejerón; el bufón del de Alba, según describe Viardot. Y circunscribiéndonos al retrato de la Duquesa, en que venimos ocupándonos, se le hallará inscrito con el número 268 del Catálogo de la galería de cuadros de la posesión de Vista Alegre, propiedad del Excmo. Sr. Marqués de Salamanca, detallándose allí de la siguiente manera: "Ticiano.— Retrato de la mujer del gran Duque de Alba, Gobernador de los Países Bajos."

"Está sentada en una poltrona cerca de una ventana que da al campo; trae vestido escotado, de raso blanco, bordado de oro; tiene en la mano izquierda un pomo de oro cincelado, que pende de la cintura colgado de dos hilos de coral; collar de oro y pendientes de perlas, camisola de gasa y un broche de piedras preciosas al pecho, rematando en una gran perla en forma de pera." (*Tamaño natural de más de*

*medio cuerpo. Tabla: alto, 1 metro; ancho, 0,84 metros. Proviendo de la Galería de Altamira.)*

Terminados estos primeros pasos sobre tan interesante biografía, quedame la duda de si podrá tenérsela por recargada en detalles de los ilustres personajes que con ella más íntimamente se relacionan; quién lo dirá por Santa Teresa, quién por el gran Duque de Alba; pero sin que yo deje de sostener que lo prolijo hizome efecto de indispensable para la adecuada explicación de las situaciones y los sucesos, al logro de caracterizar á la Duquesa, y de que reviva entre los rasgos

del retrato que publicamos, he de excusarme también con la impresión que produce todo linaje de portentosos merecimientos, como los del Duque y como los de la Santa, que no es posible quedarse en la descripción de los encantos, maravillas y riquezas de una isla sin dedicar elogios con palabras y admiraciones con sentimientos á la grandeza del mar que la circunda y á la sublimidad del cielo que la corona.

Y conformándome con tales consideraciones, escribo este ensayo de biografía de D.<sup>a</sup> María Henríquez y Toledo, Duquesa de Alba.

